

ala delta

GUSTI
Ricardo ALCÁNTARA

**¿QUIÉN MENE
EL ESQUELETO?**



Jacinto y su familia no hacen ningún ejercicio físico a lo largo del día. Debido a ello, están muy gordos y se cansan en cuanto caminan un poco. Pero siempre hay formas fáciles de hacer ejercicio.

Ricardo Alcántara se ha especializado en libros infantiles en los que afronta problemas cotidianos.

¿Quién menea el esqueleto?

*Para todos aquellos
que no se están
quietos como estatuas.*

Gusti y Ricardo

El único ejercicio que hacía Jacinto era llevarse el tenedor a la boca. No corría, ni levantaba pesas, ni jugaba al tenis, ni siquiera andaba.

Parecía un muñeco de cuerda: de la casa al coche, del coche a la oficina, y de la oficina al sofá de casa.

Poco a poco se fue volviendo torpe de movimientos. Una estatua tenía más agilidad que él.

Rosa, su mujer, parecía no notarlo. Estaba demasiado ocupada en sus cosas. Tampoco su hijo Pablo parecía darse cuenta.

Sólo Tonto, el perro de la casa, se mostraba preocupado por el problema de Jacinto.



Tratando de que el hombre se moviera un poco, le llevaba la pelota y le invitaba a jugar.

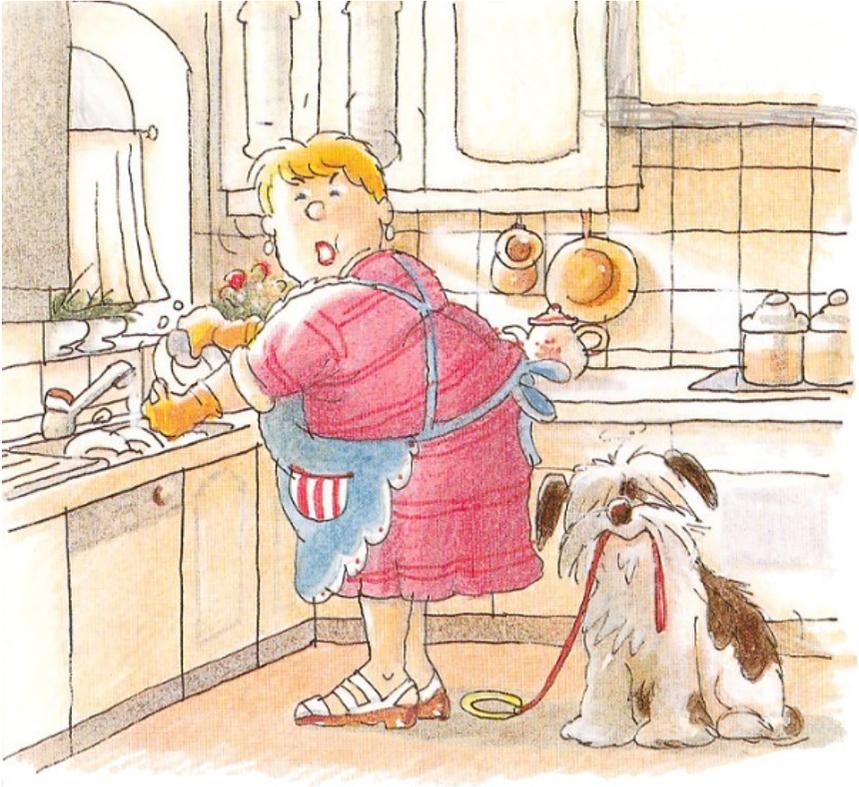
—Ahora no, Tiento, estoy muy cansado —le decía Jacinto, tumbado en el sofá.

Sin darse por vencido, Tiento iba a buscar la correa. Entonces, moviéndose nervioso, hacía creer a Jacinto que se moría de ganas de hacer pipí.

Y Jacinto, incapaz de dar un paso, cerraba los ojos y simulaba estar dormido.

—¡Guau, guau! —protestaba Tiento, seguro de que su amo hacía trampa.





—Hay que sacar a Tento —avisaba
Rosa desde la cocina.

—Ah... No puedo ni moverme
—se excusaba el hombre con voz de pena.

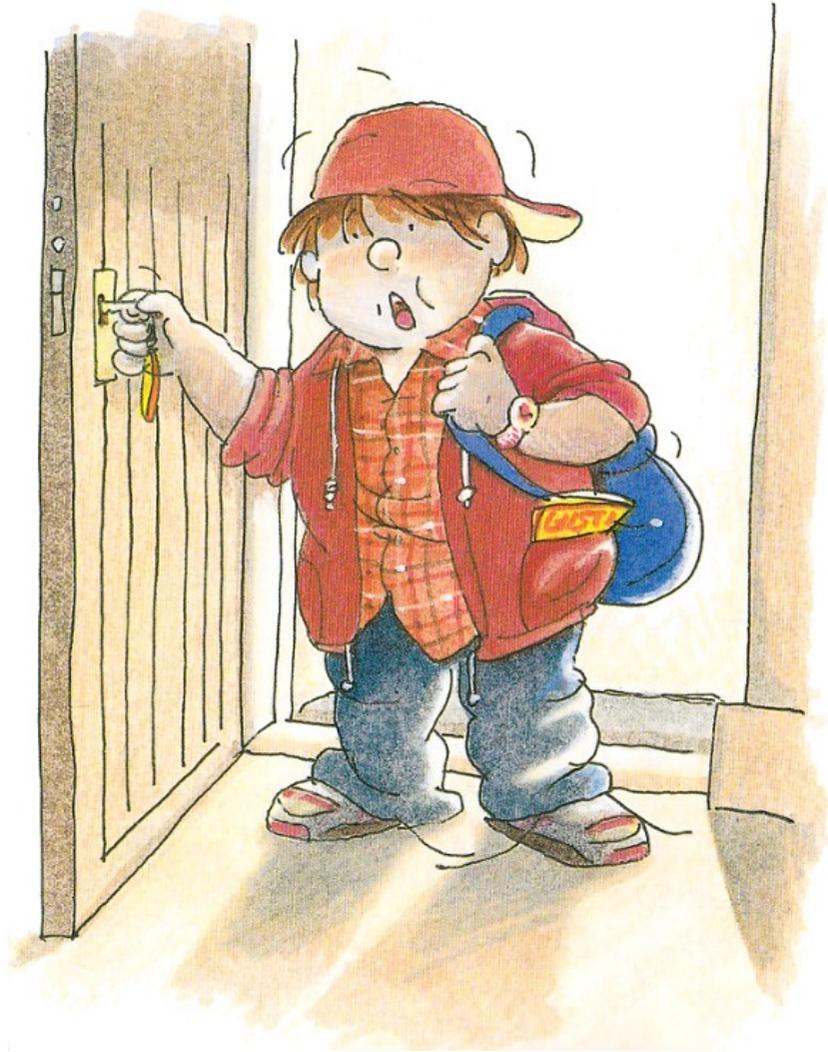
Ella respiraba hondo y lo sacaba a dar un paseo.

Pero un buen día Rosa se enfadó y, llevándose las manos a la cintura, le dijo:

—Si Tiento hace sus necesidades en la sala, tendrás que limpiarlo tú.

—Está bien... —Cludicó Jacinto, poniéndose en pie con gran esfuerzo.





Meneando el rabo, Tonto dejó caer la correa junto a los pies de su amo.

Jacinto se inclinó para cogerla, pero...

—¡Aaahhh...! —chilló de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó desde la puerta Pablo, que en ese momento llegaba a casa.

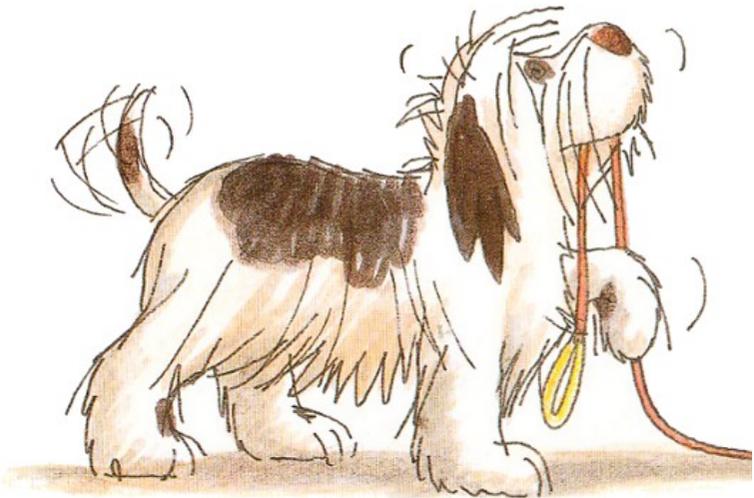
—¡Mi espalda! ¡Mi espalda! —se quejaba Jacinto.

—Hay que llamar a un médico —reconoció Rosa, alarmada.

Mas, por los nervios, no recordaba dónde había dejado la tarjeta del doctor Aparicio.

Pablo trataba de ayudarla, pero buscaba en los mismos sitios donde buscaba ella.

Mientras tanto, costándole creer que todo aquello no era otra comedia, Tonto iba tras su amo con la correa en la boca.









En medio de tanto jaleo, Jacinto acabó enredándose los pies con la correa y estuvo en un tris de caer al suelo.

—¡Déjame en paz! —le chilló al perro.

Tento salió disparado y fue a esconderse debajo de la mesa del comedor.